Velilla y Rodriguez, José de

Mira de Amescua.

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

# MIRA
DE
# AMESCUA.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
SEVILLA 14, PRINCIPAL
1882

A Patrocinio de Biedma

Velilla

# MIRA DE AMESCUA

# OBRAS DEL MISMO AUTOR.

## DRAMÁTICAS.

D. Jaime el Desdichado. Drama en tres actos y en verso.
Una herida en el alma. Drama en un acto y en verso.
El hijo de Sancho el Noble . . . . . . . . Drama en tres actos y en verso.
Mira de Amescua. . . Drama en tres actos y en verso.
Apuesta de amor. . . Comedia en dos actos y en verso (1).
Sobra y falta. . . . Comedia en tres actos y en verso.
Witiza. . . . . . . . Drama en tres actos y en verso.
La expulsion de los moriscos . . . . . . . Drama en tres actos y en verso.
Fondo y superficie. . Drama en tres actos y en prosa (2).
Torrigiano . . . . . Drama en un acto y en verso (3).
El último dia. . . . Drama en un acto y en verso (4).
La luz del rayo. . . Drama en tres actos y en verso.
Reinar para no reinar. Drama en tres actos y en verso.

## NO DRAMÁTICAS.

Meditaciones y Recuerdos, poesías.
El manto de la Vírgen, leyenda en verso.
El Teatro en España, estudios históricos.

## EN PREPARACION.

Historias de la vida, cuentos verdaderos, en prosa.
Artículos varios.
Leyendas, en verso.
Los bandos de Sevilla, novela histórica.

(1) En colaboracion con D. Luis Montoto.
(2) Id. id. con D. Luis Escudero.
(3-4) Id. id. con D. Luis Montoto.

# MIRA
DE
# AMESCUA.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Estrenado, con extraordinario éxito, en la noche del 23 de Febrero de 1867,
á beneficio de la dama jóven señorita
D.ª María Alvarez Tubau, en el Teatro de S. Fernando, de Sevilla.

SEGUNDA EDICION.



SEVILLA.
Establecimiento Tipográfico del Circulo Liberal,
Rosario, 21.
1882

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| María. . . . . . . | *Doña Amalia Perez.* |
| Magdalena. . . . . | *Srta. María A. Tubau.* |
| Antonio M. de Amescua | *Sres. Victorino Tamayo.* |
| Don Luis de Haro. . | » *Eduardo Molina.* |
| El Rey Felipe IV. . | » *Asenjo Faubel.* |
| D. Gerónimo de Cancer. | » *Alfredo Maza.* |
| Montellano. . . . . | » *Lutgardo Fernandez.* |
| Santillana. . . . . . | » *J. Barberá.* |

Damas, Caballeros, Pajes, un Alcalde de Casa y Córte, y Alguaciles.—La accion pasa en Madrid, en el siglo XVII.

*Advertencia.*=Los versos en letra bastardilla están tomados de las comedias de Mira de Amescua, cuyos títulos se expresan en las notas respectivas.

# ACTO PRIMERO.

La escena figura los jardines del Buen-Retiro. Al fondo se vé el palacio, aunque confusamente, iluminado con vasos de colores. Estátuas, trasparentes, juegos de agua y asientos destribuidos por toda la escena.—En el fondo pasean damas y caballeros. De vez en cuando se oye la música del baile. Al levantarse el telon salen por el fondo Montellano y Santillana hablando acaloradamente, aunque á media voz.

## ESCENA I.

MONTELLANO, SANTILLANA.

SAN. ¿Lo habeis visto?
MON. Sí por Dios.
SAN. El hecho estuvo muy claro.
MON. Pasó lo que dijo Haro.
SAN. ¿Lo vísteis bien?
MON. Como vos.
Apenas la soberana
dejó olvidado su guante,
lo recogió el arrogante
Conde de Villamediana.
Lo besó con grande afan
altivo, orgulloso y vano,
y...
SAN. Aquí debe andar la mano
de don Gaspar de Guzman.
MON. Os advierto que...
SAN. No es falso.
MON. Por una murmuracion

don Rodrigo Calderon
dió la vida en el cadalso.
Que el valido no confia
en aquel que más le ama,
y en fin, que tras una rama
puede ocultarse un espía.
Justo es que os vayais despacio
y alcanzareis beneficio.
SAN. No soy ya ningun novicio:
sé manejarme en palacio.
Comprendo vuestras razones.
MON. No las olvideis jamás.
SAN. Sé que en la corte no hay más
que intrigas, baile y bufones.
MON. ¿Qué se ha de esperar de un rey
que hace las cosas á medias,
gusta de escribir comedias
y desatiende la ley?
SAN. La comedia que empezar
hemos visto, es muy probable
que en tragedia bien notable
la veamos acabar.
MON. Es posible... Pero ¿quién...?

## ESCENA II.

DICHOS: D. LUIS DE HARO.

HARO. ¿Es Montellano?
MON. Don Luis,
á muy buen tiempo venís.
Os esperaba.
HARO. Está bien.
SAN. ¿Sabeis...?
HARO. Todo lo he sabido,
y eso ayuda á nuestro plan.

No ha de estar mucho Guzman
siendo del rey el valido.
Yo con destreza y con maña
al rey don Felipe hablé
en la fiesta, y le probé
que Olivares pierde á España.
Pero él, con alma celosa,
ardiendo en tristes enojos,
ni un solo instante los ojos
ha apartado de su esposa.
Corred, y sembrad la duda
entre esas almas vulgares;
decid tambien que Olivares
á Villamediana ayuda.
Haced que no se disipe
la intriga: causad desvelos,
que han de servirnos los celos
del pobre rey don Felipe.

(Vánse Montellano y Santillana por el foro.)

## ESCENA III.

D. LUIS DE HARO.

Escalon de mi ambicion
siéndome estais... cierto es,
pero, si triunfo, después
yo romperé el escalon.
¿Pensais que el móvil no entiendo
de los servicios que haceis?
¿Que no sé que pretendeis
lo mismo que yo pretendo?
Al poder el hombre teme (Meditando.)
juzgando sus glorias malas:
yo desplegaré mis alas

sin temer que el sol las queme.
Y no hay duda... En el poder
el Conde-Duque ya oscila...
Cuando el pedestal vacila (Con seguridad.)
la estátua debe caer.

## ESCENA IV.

DICHO: EL REY, por la izquierda.

REY. Yo lo ví...
HARO. (¡Pobre Monarca!)
REY. Lo ví, pero más valiera
haber perdido los ojos
que ver con ellos mi afrenta.
D. Luis... (Reparando en él.)
HARO Vuestra Magestad
¿busca por esta arboleda
alguna bella paloma
que dé alivio á sus tristezas?
REY. D. Luis, ni el Rey está triste,
ni busca palomas bellas.
HARO. ¿Habeis visto al de Olivares?
REY. Sólo un momento en la fiesta.
HARO. ¿Y os dijo...?
REY. Que Portugal
se levanta en son de guerra
y mis ejércitos vencen
á las insignias francesas.
HARO. ¿Y no habrá dicho que trama
mil intrigas palaciegas,
y que por su causa Europa
contra la España se apresta?
REY. No, no, don Luis; vuestro tío
no es capaz...

HARO. Señor, ya es fuerza
que aquel que sabe el peligro
al Rey del peligro advierta.
REY. El Conde-Duque, don Luis,
sábio y prudente gobierna.
Dejad, dejad la política
y hablad sólo de las fiestas.
HARO. Gran Rey...
REY. No me llameis grande,
porque á sarcasmo me suena.
*A la de los agujeros*
*se parece mi grandeza:*
*se van haciendo mayores*
*cuando les quitan mas tierra* (1).
HARO. Señor...
REY. No perdais la danza
que en los salones empieza.
Gozad en la juventud,
que luego vendran las penas.
HARO. Os obedezco. (Váse.)
REY. Insensato,
que en el mando sólo piensas,
no tanto lo deseáras
si cual yo lo conocieras.
Yo los he visto,.. Alguien viene...
¡El doctor Mira de Amescua!

## ESCENA V.

EL REY: AMESCUA.

AMES. Era ella... ¡Qué emocion!
¿Estoy soñando, ó despierto?
¡Mi corazon creí muerto,
y aun vive mi corazon!

(1) Chiste que se atribuye á Felipe IV.

Ella... Sí... No me he engañado.
Si estabas durmiendo aquí,
¿por qué otra vez ¡ay de mí!
corazon, has despertado?
Mas ¿qué mucho, si es aquella
que ser mi encanto solía,
mi claro sol en el dia,
de noche mi pura estrella?

REY. Guarde Dios vuestra persona.
Turbado venís.

AMES. Señor...
Me ha turbado el resplandor
de vuestra regia corona.

REY. Satisfaccion muy completa
hoy me otorga mi deseo,
puesto que en mi corte veo
á tan célebre poeta.
Sabed que con vuestro porte
causándome estais pesar,
porque os soleis presentar
raras veces en mi córte.

AMES. Al alma, señor, me llega
oir donaires tan buenos:
pero ¿quien me echa de ménos
junto al gran Lope de Vega?
Humilde y pobre he nacido
y acepto mi suerte en calma.

REY. ¡Ah, doctor! Teneis un alma
que siento no haber tenido.

AMES. Señor, no envidieis mi vida,
que sus penas no sabeis;
miradme y comprendereis
que tengo el alma aflijida.
Que es fingido éste valor,
que mis lágrimas concentro,
y en fin, Señor, que aqui dentro
me está matando el dolor.

REY. Decidme, pues, sin testigo,

la causa de vuestro mal:
no soy persona real
para vos, soy un amigo.

AMES. *¿Qué arroyo que, despeñado,*
*deja entre verde espadaña*
*la furia de la montaña*
*por acariciar el prado,*
*volvió á los peñascos frios*
*de su nobleza solar,*
*hasta parar en el mar,*
*que es el morir de los ríos?* (1)
Ninguno, y así mi suerte
debo sufrir con paciencia:
va llegando mi existencia
á las puertas de la muerte.

REY. ¿Quereis oro, gloria?..

AMES. Nó.

REY. Decidme vuestros dolores.

AMES. ¡Sembré cosecha de flores
y frutos de espinas dió!
De mi fortuna á despecho
el fruto amargo ha salido,
y aunque en mi pecho ha nacido
está rompiéndome el pecho.
Y asi, dispensad mi porte,
que sienta, por vida mia,
muy mal mi melancolía
con las fiestas de la córte.

REY. Y ¿en qué vuestro corazon
encuentra, Mira, consuelos?

AMES. En elevar á los cielos
mi espíritu en la oracion.

REY. Pero, al ménos, vuestro llanto
puede libre resbalar.
Yo lo tengo que ocultar
entre los pliegues del manto.

---

(1) El negro del mejor amo.

AMES. Pues hoy tan dichoso he sido,
un favor pediros quiero,
y es éste el favor primero,
gran Rey, que en la córte pido.
REY. Hablad, pues.
AMES. Hace seis años
que retirado vivia,
porque, cual temo, temia
apurar nuevos engaños,
cuando en mi pobre mansion
una niña desgraciada
entró humilde, acongojada,
pidiéndome proteccion.
Padre ninguno tenía,
era muy triste su estado;
la niña creció á mi lado,
como á un padre me quería.
REY. ¿Y solicitais...?
AMES. Señor,
solicito grande cosa:
que se digne vuestra esposa
nombrarla dama de honor.
REY. Presentadla, y que mañana
pueda entrar á su servicio.
AMES. Señor, tanto beneficio...
REY. Adios... (¡Oh, Villamediana!) (Váse por la derecha.)

## ESCENA VI.

AMESCUA, D. LUIS DE HARO.

AMES. ¡Pobre monarca!
(Al irse por el foro, encuentra á don Luis que le detiene.)
HARO. Los ojos
dichosos mil veces sean
del hombre que puede ver
al doctor Mira de Amescua.

AMES. D. Luis, venís cortesano,
como quien viene de fiesta.
HARO. Poco dije, pues sois vos
un lucero de la escena,
que se coloca á la altura
del mismo Lope de Vega.
¿Qué haceis aquí, solitario?
¿Trazais alguna comedia?
AMES. Callo y observo, D. Luis,
que mucho la córte enseña.
HARO. ¿Del Conde-Duque, tal vez,
estais tomando una muestra?
Id á verle, que parece
un papagayo de América.
Los nobles le hacen saludos,
los ingénios le festejan;
y está vano y orgulloso
porque bailó con la Reina.
AMES. ¡Oh! Ya sé que á vuestro tio
quereis mal.
HARO. ¡Mira de Amescua, (Bajo.)
no ignorareis que hay palabras,
que, á veces, la vida cuestan!
AMES. No ignoro que de juguete
sirven, en las manos vuestras,
el rey don Felipe cuarto
el Conde-Duque y la Reina.
No ignoro que la ambicion
á ser un traidor os lleva,
y no ignoro que si el diablo
el gobierno os ofreciera
en trueco de vuestra alma,
el alma al diablo vendiérais.
HARO. Doctor, doctor, no me ofenden
palabras que son tan necias.
Ya comprendo por qué huyen
de vos los demás poetas.
AMES. Yo, tambien. De mí se apartan

porque temen mis sentencias.
Porque no, como las suyas,
dice donaires mi lengua
que del hombre más honrado
la fama y honor zahieran.
Bien sé yo lo que es la córte,
no es para mí cosa nueva.

HARO. Sentencioso estais, doctor,
y á fé que no lo estuviérais
si publicára una historia
que Montellano recuerda.
Es historia divertida;
si en la córte se supiera
encendería algun rostro
el color de la vergüenza.

AMES. Si yo enseñára una firma,
tenedlo, don Luis, en cuenta,
en el cadalso de alguno
rodaría la cabeza.
Y adios quedad. (Váse por la derecha.)

HARO. Él os guarde.
Este hombre me desconcierta.

## ESCENA VII.

D. LUIS DE HARO: MARIA y MONTELLANO, por el foro.

MAR. ¿Aquí vos?

HARO. Estais, señora,
tan gentil y sois tan bella,
que, sin ser lisonja, al veros
los mismos cielos se alegran,
y la luz de vuestros ojos
causa envidia á las estrellas,

MAR. Don Luis, don Luis, no merezco
palabras tan halagüeñas.
Sois cortesano cumplido,

todo Madrid os aprecia.
HARO. A la hermosura reunís
el talento de Minerva,
y á ser poseedor de un trono
á vuestros piés lo rindiera.
(Hay en la córte quien sabe (A parte á Montellano.)
nuestras ocultas empresas.
MON. Pero...
HARO. Evitar ese riesgo
á mi cargo, conde, queda.
MON. Está bien.)
HARO. Señora, el cielo
aumente tanta belleza.
Adios, Montellano. (Váse por el foro.)
MON. Luego
nos verémos en la fiesta.

## ESCENA VIII.

DICHOS, menos D. LUIS.

MON. Señora, sólo un momento
quiero de vuestra fineza
que me escucheis. Es asunto
que á los dos nos interesa.
MAR. Hablad.
MON. María, es la honra
frágil vidrio que se quiebra
y lo empaña, para siempre,
la ráfaga más ligera.
En la córte se murmura
de mi honra limpia y tersa.
MAR. ¡Montellano!
MON. Sí, señora,
es muy justo que os lo advierta.
MAR. Pues, Montellano, si hay culpa
es toda la culpa vuestra.

MON. ¡Mía!
MAR. Vuestra. Lo que os pasa
es que la ambicion os ciega...
MON. Lo que me pasa, María,
y dispensad la franqueza...
MAR. Decid.
MON. Es que tengo celos
del doctor Mira de Amescua.
¿Me comprendeis?
MAR. Ese nombre
siempre en mis oidos suena.
Pero creed, Montellano,
que me ultraja esa sospecha.
Me abandonais por correr
tras de soñadas quimeras,
que, sin sentir, poco á poco
de vos el amor destierran.
MON. No, María: es que me abruman
la políticas tareas
y no os puedo consagrar
todo el tiempo que quisiera.

## ESCENA IX.

DICHOS: CANCER, D. LUIS DE HARO, damas, caballeros. Todos por el foro. Al frente de ellos viene Cáncer.

TODOS. ¡Já, já, já!
CAN. ¡Pobre marido
burlado por un poeta,
que roba plumas al grajo
y voces á la cigüeña!
¡Oh conde de Montellano!
¿No sabeis la historia nueva?
TODOS. ¡Já, já!
CAN. Si no la sabeis,
preguntadla á la condesa.
TODOS. ¡Já, já!

MON. Señor don Gerónimo...
CAN. Es probable que la sepa.
MON. Si sois mi amigo, decidme (A D. Luis.)
qué carcajadas son éstas.
HARO. ¡Bah! Dichos de maldicientes,
que ni al mismo Rey respetan.
CAN. Señores, mirad, mirad.
MON. (Dios de su mano me tenga.)

## ESCENA X.

DICHOS: AMESCUA y MAGDALENA, por la derecha.

AMES. Dama de honor, desde hoy,
te nombra el Rey, Magdalena,
y ¿estás triste?
MAG. Sí. De vos
separarme no quisiera.
Padre, padre, me dan miedo
las gentes que me rodean.
HARO. Salud, renombrado vate.
MON. Salud, don Antonio.
CAN. Amescua...
AMES. ¿Qué haceis? ¿Os reís?
CAN. ¿Qué hago?
Lo que vos. Plagiar comedias.
AMES. Sed más cáuto, don Gerónimo,
en el uso de la lengua.
CAN. ¡Oh! Don Antonio ha subido
desde paje... hasta poeta.
AMES. D. Gerónimo de Cáncer,
sois un cáncer.
MAR. ¿No recuerda

el buen doctor que era paje
de mi familia?

AMES. Condesa...

HARO. ¡Cómo! ¿El doctor es un hombre
nacido en tan baja esfera?

AMES. Aunque hijo de humildes padres,
desprecio vuestra nobleza.
Yo mi frente al firmamento
puedo levantar serena;
las vuestras estan teñidas
del color de la vergüenza.
El uno es traidor, el otro (Por don Luis.)
una víbora sangrienta, (Por Càncer.)
y esa muger que allí veis
tan hermosa, tan risueña,
ángel que perdió sus galas
al contacto de la tierra
¡Lejos de aquí!

MAR. (Quiero hablaros.)

AMES. (Aquí esperadme, condesa.)

MON. Nos verémos.

AMES. Nos verémos.

TODOS. ¡Já, já, já!

HARO. (Te perdí, Amescua.)

(Montellano y don Luis se ocultan entre los árboles de la derecha. Los demás, menos Amescua y Magdalena, se van por el foro.)

## ESCENA XI.

AMESCUA, MAGDALENA.

AMES. Marchad, satirica plaga,
que en ello me haceis merced...
Muy lejos... Pero temed

que en mi manos os deshaga.

MAG. Señor, señor...

AMES. Y no puedo
verter su sangre traidora...
Calma, calma, que mi hora
llegará...

MAG. (Yo tengo miedo.)

AMES. Nunca su sarcasmo impío
herida en mi pecho hará,
Magdalena... ¡Já, já, já! (Risa sardónica.)
Tranquilo estoy... Ya me río.

MAG. ¡Oh! No os riais, yo os lo invoco,
porque esa risa tan fría
más que espresion de alegría
parece risa de un loco.

AMES. Es verdad, tierna criatura,
que loco á volverme voy.
Lo que he sufrido hasta hoy
¿no lo sabes, por ventura?
Esos infames ignoran
la fuerza de mi dolor,
hija mia.

MAG. Del Señor
son benditos los que lloran.

AMES. ¡Cómo! ¿Respondes así
á mi tormento infinito?

MAG. Yo, solamente, repito
lo que de vos aprendí.
Un padre no he conocido
que amparára mi horfandad;
en vos encontré piedad,
como á un padre os he querido.

AMES. Yo por tí desterré el odio
que dentro de mi alma había,
porque te miré, hija mia,
como á mi ángel custodio.
Y viviendo así los dos,
sin pena, sin inquietud,

una vida de virtud
pedí, con el alma, á Dios.
¿Viste esa muger tan bella (Con arrebato.)
como el sol á medio dia?
Esa muger es María.

MAG. ¿Aquella muger...?

AMES. Aquella.

MAG. Todo, todo lo comprendo.

AMES. Basta y sígueme. No es ley
que se haga esperar de un Rey
el que viene pretendiendo. (Vánse por el foro.)

## ESCENA XII.

D. LUIS DE HARO, MONTELLANO.

HARO. ¿Oísteis?

MON. Sí.

HARO. Sed prudente.

MON. No eran vanos mis desvelos.
¿Quien tuvo, teniendo celos,
prudencia?

HARO. ¡Pobre demente!
¿Quereis subir al poder,
brillar como el que más brilla,
y vuestro pecho se humilla
al poder de una muger?
¡Empeño loco! Me río
de ver que tal pretendais;
para eso necesitais
un corazon como el mio.
Que, entre penas y afliccion,
busque, sin que se doblegue,
camino por donde llegue

al puerto de su ambicion.
La nave que al mar se lanza,
aunque el mar terrible ruja,
las olas hiende y empuja
con ánimo y esperanza.
Su recompensa es crecida
si, despues de tantas penas,
mira el sol y las arenas
de la tierra prometida.
Me habeis entendido ¿es cierto?
Pues así al poder me alzára,
aunque, al alzarme, dejára
en cada escalon un muerto.

MON. Don Luis, hasta éste dia
no supo mi corazon,
cegado por la ambicion,
cuanto á esa muger quería.
Me vengaré.

HARO. Calma, calma.
No os entregueis al furor.

MON. Hoy he jurado, doctor,
que habré de herirte en el alma.

(Vánse por el foro. La escena queda sola un instante. Despues sale Maria por la izquierda, cautelosamente.)

## ESCENA XIII.

MARIA.

Aun no está... ¿Por qué mi pecho
late ahora estremecido?
¿El hombre que es mi marido
no está de mí satisfecho?
Si en la córte se murmura
de mi nombre y de mi fama,

yo le haré ver que soy dama
tan honrada como pura.
Amescua, mucho quisiste
remontar el ráudo vuelo:
quisiste llegar al cielo,
y antes de llegar, caiste.
Muy poco de amor alcanzas
si me piensas ablandar;
te llamo para matar
de un golpe tus esperanzas.
Preparemos el ultraje.
Él llega.

## ESCENA XIV

DICHA: AMESCUA, por el foro

AMES. Señora mia...
MAR. Paréceme, todavía,
que estoy mirando á mi paje.
AMES. Señora, para serviros
paje seré, si quereis.
MAR. Con tal que al viento no deis
vuestros amantes suspiros...
Vos me amásteis...
AMES. Sí, fué un yerro
que nunca tuvo perdon,
ahora mi corazon
está vestido de hierro.
Ya no siento esa inquietud
que hace que el alma se quiebre:
todo aquello fué una fiebre
hija de la juventud.
Vuestro acento, con amor,
aquí en mi pecho no vibra:

¡verdad que no hay una fibra
que no haya muerto el dolor!
Estrella de mi esperanza
un tiempo debísteis ser...
Pero... ¡ah...! quien dijo muger (Transicion.)
debió de decir mudanza.

MAR. Amescua, os estoy oyendo
y á la par dudando estoy.
¿La misma, acaso, no soy,
por quien estábais muriendo?

AMES. La misma sois.

MAR. Una duda
se me ofrece en tal instante.
¿Corazon que es tan amante
cómo súbito se muda?
Mi pensamiento se abisma
viendo tan presta mudanza.

AMES. Bien, señora, se os alcanza
que sois y no sois la misma.
¿No existe un hombre dichoso,
por el cielo protejido,
que feliz ha conseguido
el nombre de vuestro esposo?

MAR. Yo pensé que os conocia
y se engañó mi deseo,
pues nunca he visto, cual veo,
en vos tal hipocresía.
Que soy muger y soy dama
debísteis tener en cuenta
antes de cubrir de afrenta
mi nombre y mi ilustre fama.

AMES. Pero....

MAR. Circulan rumores
de que maligno, indiscreto,
vais publicando el secreto
de imaginarios amores.

AMES. Con torpe mentira, así,
nunca se manchó mi lábio.

MAR. Eso dicen...
AMES. Tal agravio
nunca receleis de mí.
Que si algun lábio siniestro
vuestra opinion difamára,
yo mataría al que hablara
de un solo cabello vuestro.
MAR. Amescua, no esteis ocioso
y mis palabras oid.
Idos presto de Madrid,
siquiera por mi reposo.
AMES. Vuestra voluntad un dia
con el alma entera he hecho,
pero hoy no teneis derecho
ni á suplicarme, María.
MAR. Que no me amásteis es cierto,
pues no me volveis la calma,
Amescua.
AMES, Nó; es que mi alma
á toda emocion ha muerto.
MAR. ¿Habeis adquirido gloria
y aun sois, doctor, desdichado?
AMES. La gloria no se ha llevado
recuerdos de mi memoria.
Inútiles triunfos son
los que consigo, señora,
pues no he podido, hasta ahora,
triunfar de mi corazon.
MAR. Que aun sereis feliz presumo.
AMES. ¡Feliz! ¡Estraña locura!
He visto ya mi ventura
convertirse toda en humo.
Señora, perdí la luz
de mi vida borrascosa,
luz tan alegre y hermosa
como mi cielo andaluz.
Y desatentado y ciego
entre sombras de pesares,

como el buque entre los mares,
yo entre mis penas navego.

MAR. Amescua, os pido perdon;
mal os juzgué. Si algun dia
os hice penar....

AMES. María.... (Conmovido.)
¡Sois ángel de bendicion!
¡Silencio! Vuestra palabra,
tan pura, tierna y sentida,
ha vuelto á abrir esta herida...
y no quiero que se abra.

MAR. Perdonad, yo no he querido....

AMES. No deis disculpas ahora.
Vos, como el mundo, señora,
nunca me habeis comprendido.
Si Dios cumplió vuestro anhelo
y os quiso unir á otro hombre,
respetad su honra y su nombre,
que así respetais al cielo.

MAR. Amescua, callad, callad...

AMES. Señora, os amaba tanto...

MAR. ¡Doctor!

AMES. Yo propio me espanto.

MAR. ¡Ah! Silencio, por piedad. (Viendo á Cáncer.)

## ESCENA XV.

DICHOS: CANCER, por el foro.

CAN. Don Antonio... ¡Qué ventura!
Condesa, me alegra hallaros,
porque debia avisaros
que en el baile se murmura
de ausencia tan prolongada.

Yo bien conozco que es mengua...
¡Ya se vé, si hay tanta lengua
que debia estar cortada!

AMES. ¿La vuestra, acaso?

CAN. Doctor,
por mucho que á mí me pese,
es fuerza que lo confiese.
Ya veis si tengo valor.

MAR. ¿Y delante de una dama
lo confesais?

CAN. Lo confieso,
y aun confesaré que eso
es lo que me ha dado fama.
Siempre Cáncer me he llamado
desde el punto en que nací,
y desde entonces aquí
como un cáncer me he portado.

AMES. Mas, cuando el cáncer reporta
mucho mal á un cuerpo sano,
nunca falta un cirujano
que con bravura lo corta.

CAN. ¡Ah, buen doctor! Cura tal
os ruego que no emprendais.
Esa cura de que hablais
os puede salir muy mal.

AMES. La razon es escusada.
Tened por cosa segura
que yo nunca erré una cura
con la punta de mi espada.

CAN. ¿Me provocais?

AMES. No os provoco.

CAN. Tened á la lengua el paso.

AMES. Yo, Cáncer, nunca hice caso
de las palabra de un loco.

CAN. ¡Amescua!

AMES. Sed más sufrido.

CAN. La cólera me arrebata...

AMES. ¿Que és esto? ¿Un cáncer que mata

está por mi boca herido?

CAN. Sacad la espada. (Desenvaina.)

AMES. ¡Ay de vos!

MAR. ¡Teneos!

CAN. ¡Sacad la espada!

AMES. Estoy pronto. (Desenvaina.)

CAN. Así me agrada. (Cruzan las espadas.)

MAR. ¡Paz, paz en nombre de Dios! (Interponiéndose.)

## ESCENA XVI.

DICHOS: MAGDALENA, por el foro, dando muestras de gran agitacion y seguida de algunas damas y caballeros.

MAG. ¡Ah!.. ¡Favor, padre!

AMES. Hija mia,
¿qué es esto?

MAG. Que me ha ofendido,
descompuesto y atrevido,
Montellano...

MAR. (¡Suerte impía!)

MAG. Publica el vil, en mi agravio,
que yo soy vuestra... ¡Oh rubor!

AMES. Hija...

MAG. ¡Entendedlo, señor,
sin que lo diga mi labio!

AMES. ¡Montellano! ¿En mi camino (Muy rápido.)
te interpones con afan?
¡Ah! ¿Conque unidos estan
mi destino y tu destino?
Yo te hallaré, Montellano.
¡Dejadme al punto pasar!
¡Paso! Le voy á arrancar
el alma al traidor villano!

MAG. ¡Padre, por Dios!

AMES. Hija mia,
juro que le encontraré.

MAG. ¡Oh! Padre...

AMES. ¡Le mataré!

MAR. ¿No hay perdon? (Deteniéndole.)

AMES. (Despues de un momento de vacilacion.)
¡Paso, María!

(Se lanza por entre los caballeros que le abren calle.—Magdalena le sigue.—Cae el telon muy rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Amescua, amueblada con sencillez al gusto de aquella época. Puerta al foro y una á cada lado. Sobre un sillon estaran la capa, la espada y el sombrero de Amescua. Este, sentado junto á una mesa, en la que habrá cuadernos manuscritos, libros y papeles en desorden, tiene la cabeza apoyada en las manos. Magdalena lo contempla dolorosamente.—Es el alba.—Se oyen las campanas de un convento tocar á maitines. La escena está alumbrada por una luz muy suave. En la mesa habrá una bujia apagada.

## ESCENA I.

AMESCUA, MAGDALENA.

MAG. Padre, ¿dormís?
AMES. Nó, no duermo.
MAG. Extraño en vos...
AMES. Dí... ¿qué estrañas?
MAG. Que estais llorando.
AMES. Te engañas.
MAG. ¿Estais triste?
AMES. Estoy enfermo,
Magdalena. (Páusa.)
MAG. Padre mio,
si estamos solos los dos,
oidme, y dejad, por Dios,
vuestro silencio sombrío.
AMES. Y ¿qué he de hablarte, hija mia,

si me enmudece el pesar?
Hija, más vale callar
que recordar este dia.

MAG. No lo recordeis, señor.

AMES. Ven, que te estreche en mi seno,
que, aunque de amarguras lleno,
para tí lo está de amor.

MAG. Padre, no me hableis así.

AMES. Debo hablarte, Magdalena,
porque acaso la hora suena
en que me vaya de aquí.

MAG. ¿De dónde?

AMES. Del mundo entero,
aunque me pese dejarte.
Voy á buscar á otra parte
la dicha que aquí no espero.

MAG. Vos, tan humilde y cristiano,
¿podeis pensar de esa suerte?

AMES. O me dá el conde la muerte,
ó me la doy por mi mano.

MAG. ¿Ha llegado á tal extremo
vuestra desventura impía?

AMES. Es ya tan grande, hija mia,
que sólo á la vida temo.

MAG. ¿Nadie, pues, quitaros puede
creencia tan arraigada?
¿No importa que abandonada
y sola en el mundo quede?
Pobre y huérfana me ví,
huérfana y pobre me quedo.
Vivid, señor,

AMES. Nó, no puedo.

MAG. Tened lástima de mí.
Si sois vos mi único bien,
mi solo entrañable amor,
vivid para mí, señor,
ó matadme á mí tambien.

AMES. ¡Magdalena!

MAG. ¿Por ventura
tanto os hiere la desgracia
que quereis, con loca audacia,
baja á la sepultura?

AMES. Calla: tu voz inocente
haciéndome está gran daño;
quiera Dios que el desengaño
nunca marchite tu frente.
Estrañas estas ideas
y explicártelas deseo...

MAG. Padre...

AMES. Como yo me veo
quiera Dios que no te veas.
«*Enternecido me tienes,*
*en tí mi valor contemplo,*
*pues yo pensé darte ejemplo*
*y tú á darme ejemplo vienes.*»(1)
Para siempre, hija querida,
ten en cuenta mis palabras:
nunca el libro fatal abras
de la ciencia de la vida;
que sus páginas traidoras
escritas con sangre estan
y esperanzas que se van
más rápidas que las horas.
Procura que la inquietud
en tu pecho no se abrigue;
esto sólo se consigue
dando culto á la virtud.
Así lograrás la palma...

MAG. ¿Llorais, padre?

AMES. ¿No conoces
que el llanto tiene las voces
que mejor entiende el alma? (Páusa.)
Hoy he soñado, hija mia,

(1) La hija de Cárlos V.

que mi madre, con anhelo,
bajó desde el alto cielo...
y me miró, y sonreia.
«Antonio, Antonio», me dijo,
«ven á gozar á mi lado»...
y huyó... y el viento agitado
repitió luego... «ven, hijo.»
Y ya no buscaré fama,
ni dichas que el mundo encierra:
yo debo dejar la tierra
cuando mi madre me llama.
He jurado por mi nombre
batirme con Montellano.
El te ofendió. Por mi mano
debe morir ese hombre,
y después...

MAG. Nó, no por Dios,
no ireis al campo con él,
que seria muy crüel
que os matára ese hombre á vos.

AMES. No me matará: confia.

MAG. ¿En qué vais, padre, fundado?

AMES. En que soy tan desgraciado
que ni esa dicha tendria.

MAG. No os la otorgue Dios piadoso.
Solo quedais hasta luego.

AMES. Adios.

MAG. Que tomeis, os ruego,
un instante de reposo. (Váse por la izquierda.)

## ESCENA II.

AMESCUA.

*Varios pensamientos son*
*los que batallan conmigo.*
*¡Cómo es terrible enemigo.*
*la propia imaginacion!* (1)
¡Pobre insensato de mí!
¡Si esos hombres que me envidian
pudieran ver cómo lidian
mis sentimientos aquí!
En mi juvenil ardor
recuerdo que esclamé un dia:
no viviré sin Maria,
que me matará el dolor.
¿Donde iré, desesperado,
sin que me mate este afan...?
Los años pasando van, (Con irónica indiferencia.)
y el dolor no me ha matado.
Estas penas inhumanas
consiguieron, solamente,
dar arrugas á la frente
y dar al cabello canas.
*Aquel dios que pintan ciego*
*tiene tan grande poder*
*que con nieve sabe hacer*
*terribles montes de fuego.* (2) (Páusa.)
¡Ay de mí! ¡Tarde he sabido

---

(1) El Conde Alarcos.
(2) Ermitaño galan y Mesonera del cielo

que hay, cuando desdichas hieran,
momentos en que debieran
los hombres no haber nacido!
Mas no me debo admirar
de mi tormento profundo,
*que el hombre es pequeño mundo,*
*y en el mundo ha de haber mar.* (1)

(Toma la capa y el sombrero y se ciñe la espada.--La escena irá alumbrándose poco á poco.)

Magdalena.

## ESCENA III.

DICHO, MAGDALENA.

MAG. ¿Cómo es eso?
¿Os vais sin haber dormido?
AMES. Hija mia, cuando estan
los pensamientos tan fijos,
no busca descanso el cuerpo
porque no ha de conseguirlo.
MAG. ¿Y adónde vais?
AMES. Ahora salgo
para buscar mis testigos.
MAG. ¿Tan de mañana?
AMES. Sí, hija.
(Que ignore que voy al sitio
del combate.)
MAG. Estais, por cierto,
padre, pálido y sombrío.
AMES. No es nada... la agitacion,
el sobresalto continuo...
Adios.
MAG. ¿Volvereis?

---

(1) Las Lises de Francia.

AMES. No temas.
Adios.
MAG. (¿Por qué desconfio?)
(Acompaña á Amescua hasta la puerta del fondo.)

## ESCENA IV.

MAGDALENA: despues DON LUIS DE HARO, CANCER y SANTILLANA.

MAG. No sé por qué se levantan
en mi pecho estos latidos,
por qué nacen en mi mente
tan insensatos delirios.
¡Que no lo sé! ¡A Dios pluguiera
que no lo hubiese sabido!
Yo temo... porque le amo,
le quiero... fuerza es decirlo.
Sí; le quiero, aunque mi amor
no sea correspondido,
aunque se deshaga el alma
en lágrimas y suspiros.
—Alguno llega. ¿A éstas horas
quién vendrá á verle? No atino
quién será.
HARO. Guárdeos el cielo.
MAG. Y con vos haga lo mismo.
HARO. Al doctor Mira de Amescua
los tres buscando venimos.
MAG. Salió.
CAN. ¿Y tardará?
MAG. Lo ignoro.
SAN. ¿Le esperamos? (A Cáncer)
CAN. Indeciso
me encuentro. El caso es de honra...

HARO. ¿Qué resolveis?
CAN. Me resigno
y le espero.
SAN. Yo tambien,
cumpliendo como padrino.
HARO. Esperémosle.
MAG. Señores,
como gusteis. Me retiro
si lo permitís.
HARO. Señora,
guárdeos Dios.
MAG. Lo mismo digo. (Váse por la izq.)

## ESCENA V.

DICHOS, menos MAGDALENA.

HARO. Y ¿no quereis desistir,
Cáncer, de vuestro designio?
CAN. Nó, imposible. Ya sabeis
de la ocasion los motivos
y yo desistir no debo
cuando soy el ofendido.
SAN. Haced lo que os plazca.
HARO. Yo
ni rey pongo, ni rey quito.
CAN. ¿Y Olivares?
HARO. Esta noche
de seguro no ha dormido.
CAN. Le desvelan Portugal
y Francia.
SAN. ¡Pobre ministro!
CAN. Por caridad, don Luis,
debeis ocupar su sitio.
HARO. Allá verèmos, que al cabo
Olivares es mi tio

y gobierna con acierto.

CAN. Y vos sois....

HARO. ¿Qué?

CAN. Su sobrino. (Rápido.)

HARO. Me honra ser de su familia.

CAN. ¿Y le quereis?

HARO. ¡Oh, muchísimo!

CAN. Ya se conoce.

HARO. Buen Cáncer,
estais irónico....

CAN. Afirmo.
lo que vos decís. Quisiera
ver á Olivares caido
nada más qne para ver
cómo se porta el sobrino.
Caerá pronto. Ya circulan
rumores, harto malignos,
diciendo que él no es extraño
al fuego que anoche, activo,
de la reina y de las damas
puso la vida en peligro...
¿En el teatro no estábais
cuando pasó lo que os digo?

HARO. No estaba.... (Guardad silencio.) (A Santillana.)
Poco despues lo he sabido.

CAN. Villamediana, á la reina
del incendiado recinto
sacó, trayéndola alegre
en sus brazos atrevidos.
Murmuróse de este caso,
el rey se mostró sombrío....
y hay quien dice que juraba
darle muerte. Con ahinco
búscanse ya á los autores
de tan horrendo delito.
Si la Justicia los halla....

SAN. (¿Sabran que nosotros fuimos...? (A D. Luis.)

HARO. Perded cuidado.)

CAN. Tambien,
murmúrase que un escrito
al rey anoche entregaron;
y dábanle en él aviso
del suceso, y le nombraban
los autores.

HARO. (Era el mio.)

CAN. Pero ¿qué teneis? Cualquiera (A Santillana.)
dirá que estais intranquilo.

SAN. Nó, por cierto. Me sorprende
lo que me habeis referido...

HARO. (Más sorpresa ha de causarte
verte en prisiones.)

SAN. Me indigno.

HARO. Bien decís. (Páusa.)

CAN. Me voy cansando
de esperar.

SAN. Y yo lo mismo.

HARO. Si habeis dejado pendiente
con él este compromiso,
no temais, hombre de honor
es Amescua, y sé, de fijo,
que á lo que ofrece no falta.
Ved si es verdad lo que digo.

## ESCENA VI.

DICHOS: AMESCUA, por el foro.

AMES. Señores...

CAN. ¡Gracias á Dios
que llegais!

AMES. En este sitio
vuestra presencia ¿qué indica?

CAN. ¿No adivinais...?

AMES. Sí adivino.
Vais, quizás, á proponerme
seguir nuestro desafio.
¿Me engaño?
CAN. Nó; ved aquí (Por Santillana.)
el que ha de ser mi padrino,
si le admitís como tal.
AMES. ¿Por qué nó? Ya está admitido.
SAN. Me honrais.
AMES. Honrado soy yo.
Escuchad, pues imagino (A Càncer).
que hablo con un caballero
de mi confianza digno.
CAN. Amescua, decid.
AMES. Un hombre
que tiene lances distintos
debe primero acudir
al lance de más peligro.
CAN. Es cierto.
AMES. De Montellano
gran injuria he recibido.
¿No es razon que me apresure
en darle el justo castigo?
CAN. Amescua, no digais más,
que ya bastante habeis dicho,
y si os portais como noble
no es menos vuestro enemigo.
El duelo queda aplazado:
obrad á vuestro albedrío.
Adios, pues.
AMES. No vacileis
en llamarme vuestro amigo.
CAN. Vamos, Santillana.
SAN. (A D. Luis.) ¿Vos...?
HARO. Que me aguardeis os suplico
en palacio.
AMES. (Despidiendo á Cáncer y á Santillana).
Dios os guarde.

HARO. Que esteis atento os exijo.

## ESCENA VII.

D. LUIS DE HARO, AMESCUA.

AMES. Decid, pues.
HARO. Tres años há
firmé yo unos pergaminos
que, como los dos sabemos,
me comprometen muchísimo.
AMES. Y bien ¿qué?
HARO. ¿No adivinais
que por ellos he venido?
Yo sé que en vuestro poder
estan. ¿Es cierto?
AMES. Certísimo.
HARO. Dádmelos, pues.
AMES. Nó, no puedo
en éste asunto serviros.
Dispensadme.
HARO. No olvideis
que Olivares es mi tio...
AMES. Y por órden natural
sereis, don Luis, su sobrino.
Lo sé. Seguid.
HARO. Y que es
de las Españas ministro.
AMES. Lo sé.
HARO. Pues no sólo es esto
lo que yo quiero deciros...
AMES. Sino que me amenazais
con el furor del ministro.
HARO. Sois perspicaz.

AMES. Vos astuto.
HARO. Conque, ¿qué decís?
AMES. Lo dicho. (Páusa)
HARO. Pero...
AMES. Tened más paciencia
y escuchadme, pobre niño.
Vos pretendeis levantar
un gigantesco edificio
que hasta las nubes se alce,
admiracion de los siglos.
¡Triste afan! ¡Afan inútil,
como vos mismo habreis visto!
Porque un Estado, que cae
al impulso de sus vicios,
nadie puede levantarlo
del polvo en que está caido.
¡Qué! ¿Pensais que es ésta España
la España de Cárlos quinto?
Ya se perdió para siempre
aquel su explendor antiguo,
porque el amor de la Pátria
casi, casi se ha extinguido.
HARO. Don Antonio, dispensad;
vine por los pergaminos,
y ó salgo de aqui con ellos,
ó no salgo de aquí vivo.
AMES. Paréceme que saldreis
lo mismo que habeis venido.
Me los entregó en la hora
de su muerte, don Rodrigo
Calderon, á quién hicísteis
caer en el precipicio:
que fuísteis cómplice suyo
declaran esos escritos.
El me encargó su venganza.
HARO. De esa venganza me rio.
AMES. Podeis hacerlo. Mas ved
que, si yo hubiese querido,

con una sola palabra
sois muerto.

HARO. (Verdad ha dicho.)

AMES. El rey me da habitacion
dentro de palacio mismo,
como sabeis. Voy á verle,
le entrego los pergaminos
y podreis, don Luis de Haro,
á vuestras anchas reiros.
¿Aceptais?

HARO. ¡Oh! Nó, no acepto.

AMES. ¡Ah!

HARO. Perdonad mi extravío.
Silencio.

AMES. Nada temais.

HARO. (Sino calla, estoy perdido.)
Amescua, que os guarde el cielo. Vánse.)

AMES. El os guarde, pobre niño.

## ESCENA VIII.

AMESCUA, MAGDALENA.

AMES. Magdalena, Magdalena...

MAG. Padre ¿qué...?

AMES. Todo fué en vano.
No ha acudido Montellano
á la cita.

MAG. ¿Eso os da pena?
Dios oyó mis oraciones,
Dios ,y su madre bendita.

AMES. Tu voz es la voz que quita
al alma las tentaciones.
Nó, no es la voz que hace arder
la mente, que es más suave

que el dulce trino de un ave
que canta al oscurecer.
No así la voz de María,
que otro tiempo adoré ciego.
Aquella voz es de fuego,
todo lo abrasa, hija mia.

MAG. (¡Ah!) Padre, yo pido al cielo
vivir sólo para vos.

AMES. ¡Hija, bendígate Dios,
que así alivias mi desvelo!

MAG. Ahora debeis descansar,
es muy justo que lo exija

AMES. Bien: veré si puedo, hija,
un instante reposar. (Váse por la derecha.)

## ESCENA IX.

MAGDALENA

Me engañas, padre, me engañas:
no dormirás, has mentido,
pues lágrimas he advertido
pendientes de tus pestañas.
Con mil ideas estrañas,
como lucho, lucharás;
y aunque en mi labio no oirás
ni un quejido de dolor,
estoy muriendo de amor
sin decírtelo jamás.

Criada bajo este techo,
desde mi edad inocente,
fué tu imágen, lentamente,
grabándose aquí en mi pecho.
Y ya imposible se ha hecho,
por más, alma, que lo llores,

olvidar estos amores
que viven sin confianza,
tristes como su esperanza,
grandes como sus dolores.

Allí está...Llora, y sombrío
baja la frente, y medita,
como flor que se marchita
porque le falta el rocío.
¡Silencio, corazon mio!
Silencio, y ámale fiel,
aunque la suerte crüel
dispuso, en terrible dia,
que él se muera por María
y yo me muera por él.

## ESCENA X.

DICHA: MARIA, por el foro.

MAR. ¡Paso, dejadme pasar! (Dentro)
MAG. ¡Una muger! Adelante,
señora.
MAR. Quiero, al instante,
á Mira de Amescua hablar.
MAG. ¡María!
MAR. La misma soy.
Me estoy sintiendo morir.
Llamadle. Quiero salir
de la ansiedad en que estoy.
MAG. Señora, dejad que amanse
la fortuna el torvo ceño
y no interrumpais su sueño.
Idos. Dejad que descanse.
MAR. ¿Duerme, acaso?

MAG. ¿Qué sé yo?
MAR. ¡Oh! Llamadle, por piedad.
Le llamareis...¿ no es verdad?
Callais...¿Qué decís?
MAG. Que nó.
Y obro así con gran cordura,
señora, pues no me olvido
de que vos siempre habeis sido
preságio de desventura.
MAR. Y ¿qué os importa, señora,
que la desventura traiga
mientras sobre vos no caiga
terrible y desgarradora?
MAG. Y ¿quién os dice que no
ha caido sobre mí?
MAR. ¿Y por mi causa..?
MAG. Sí, sí:
por vuestra causa cayó.
MAR. ¿Vos, tambien..?
MAG. Sí; yo, tambien,
os maldije con razon:
secásteis el corazon
del que debió ser mi bien.
Y á un cariño que no acierta
á ser más grande, María,
su alma no respondía
porque estaba muerta, muerta.
Aunque ahogada con el llanto
salga la voz de mi pecho,
respondedme...¿Qué habeis hecho
del hombre que os quiso tanto?
¿No lo sabeis, es verdad?
MAR. Callad, no quiero saberlo.
MAG. Venid, venid...Vais á verlo...
Venid...Miradle y temblad.
(Señalando á la puerta de la derecha.)
MAR. ¡Amescua! (Muy bajo.)
MAG. Nó, no turbeis

su reposo. Está dormido.
Decid ¿le habeis conocido?
MAR. ¡Desdichado!
MAG. No lloreis,
que se puede despertar.
MAR. No lloro, nó...(¡Dios clemente!)
MAG. ¿Mirais en su noble frente
los surcos que hizo el pesar?
MAR. ¡Infeliz!
MAG. Si aun no está seco
ese corazon crüel,
idos: vuestra voz en él
siempre levanta algun eco.
MAR. Imposible es que abandone
esta casa...Necesito
darle cuenta de un delito
que Montellano dispone.
Dentro de poco, quizá,
puede ser asesinado...
¡Perdon!
MAG. Os ha perdonado
hace mucho tiempo ya.
MAR. ¿Por qué no le amé, por qué,
en aquel tiempo de gloria
que recuerda la memoria....
y para siempre se fué?
MAG. Era muy poco el arrullo
de los cantos de un poeta
para que fuese completa
la ilusion de vuestro orgullo.
MAR. ¡Bien aquel orgullo expía
la pena de este momento!
¡Si supiérais el tormento
que aniquila el alma mia!
Ya veis que me he decidido
á venir para avisarle
que á traicion quiere matarle...

MAG. ¿Quien, señora?
MAR. Mi marido.
MAG. ¡Montellano! ¡Qué traicion!
MAR. ¿Temeis por él?
MAG. Nó. Primero
que toque al suyo el acero,
partirá mi corazon.
Gracias.
MAR. ¿Me odiais todavía?
Decid.
MAG. ¿Qué he de contestar?
Si le venís á salvar
¿cómo he de odiaros, María?
MAR. ¡Oh, gracias, gracias! Aquí
ya de mí propia me espanto.
¡Ni aun puedo enjugar su llanto,
llanto que corre por mí!
Nada importa que á su nombre
la fama laureles ciña.
Vos no sabeis, pobre niña,
lo que ha sufrido ese hombre.
Y á pesar de sus enojos
y sus terribles agravios,
ni dieron un ¡ay! sus labios
ni una lágrima sus ojos.
Y desde su hogar desierto
á la córte volvió altivo.
¡Oh, Dios! Más que un hombre vivo
era la sombra de un muerto.
MAG. Ya, señora, no os arguyo,
mas dejadme preguntar,
¿donde pensásteis hallar
un corazon como el suyo?
MAR. Oid. A veces esclamo,
recordando lo que fué,
que, aunque yo nunca le amé,
me parece que...le amo! (Energía.)

## ESCENA XI.

DICHAS, AMESCUA.

AMES. Esa voz...Ilusion mia... (Dentro.)
Yo no sé lo que sentí,
pero, soñando, creí
oir la voz de María... (Sale.)
MAG. Padre...
AMES. Dime, Magdalena... (Rápido.)
MAR. ¡Amescua, Amescua!
AMES. ¡Aquí vos,
aquí! (¡Dame fuerzas, Dios!)
MAG. ¡Oh, padre!
MAR. ¡Oh, Amescua!
AMES. ¡Oh, pena! (Muy bajo.)
*Aquel que no prevenido*
*recibe un golpe eminente,*
*parece que no lo siente*
*de puro estar sin sentido.* (1)

## ESCENA XII.

DICHOS: MONTELLANO.

MON. ¡Amescua, Amescua! (Dentro.)
AMES. ¿Qué es esto?
MAR. ¡Que me sigue mi marido,
que os pierde, y que me ha perdido
éste cariño funesto!

(1) El Conde Alarcos.

MON. Amescua, os hallé. (Saliendo, por el foro.)
AMES. Por Dios,
que mejor decir pudiera,
al veros de esta manera,
que nos hallamos los dos.
¿Qué quereis?
MON. ¡Qué llego á ver!
AMES. ¿Qué os pasa?
MON. Lo que me pasa
es que vengo á vuestra casa
persiguiendo á esa muger.
No sin razon me querello.
Venid, señora.—Los dos
hablarémos.
AMES. ¡Ay de vos,
si le tocais á un cabello!
(Montellano se dirige á la puerta con María.)

## ESCENA XIII.

DICHOS; D. LUIS DE HARO Y EL REY, seguidos de un alcalde de casa y corte y algunos alguaciles, que se quedan á la puerta.

HARO. Téngase al Rey.
MON. ¡Vos aquí!
HARO. Dáos preso.
MON. ¿Qué habeis hablado?
¿Yo preso, yo?
HARO. Lo ha ordenado
el Rey (que Dios guarde) así.
MON. ¿El Rey?
HARO. Sí.
MON. No puede ser.
Nó, no es el Rey quien lo ordena.
REY. Es el Rey, con harta pena,

quien hoy os manda prender.
Anoche, grave maldad
me ha revelado un escrito;
en él se cuenta un delito
que es de lesa magestad.
No es su autor ningun villano;
para su propio baldon ,
nobles los autores son:
Santillana y Montellano.
Era el delito incendiar
el Teatro.

MON. (¡Lo incendié yo
anoche!)

Todo no ardió.
Se pudo el fuego cortar.
Si nó, la reina y las damas,
que hacen mi corte lucida,
perdido hubieran la vida
entre el rigor de las llamas.

MON. Señor....

REY. Basta ya. Dáos preso.

HARO. La espada.

MON. Dóime á prision.

(Entrega la espada á D. Luis: éste la da al alcalde.)

REY. Juro que sin dilacion
se ha de fallar el proceso.
Sin dilacion, que, no en balde,
cumpliendo justo la ley,
desempeña el mismo Rey
atribuciones de alcalde.

MAR. Mi ruego escuchad, señor.
Perdonadle.

REY. No es posible.
La ley castiga terrible
al regicida traidor.

MAR. ¡Don Luis!

HARO. Señora...

MAR. Amparadle.

HARO. No puedo.
MAR. Tened piedad.
No olvideis vuestra amistad..
HARO. Basta, señora.
MAR. Salvadle.
HARO. ¡Nunca!
REY Me habeis demostrado (A D. Luis.)
gran lealtad.
HARO. Vasallo soy....
REY. Y yo os nombro, desde hoy,
mi Secretario de Estado.
(De Olivares desconfío.)
HARO. Si así el cielo lo dispuso....
REY. Haced, don Luis, mejor uso
del poder que vuestro tío.
HARO. No lo dudeis.... (¡Ah! Triunfé.)
REY. Al preso conducid ya
á la cárcel donde está
Santillana.
HARO. Así lo haré.
(Vánse D. Luis, Montellano, el Alcalde y los alguaciles.)
REY. Amescua...
AMES. Nada sabia
del caso. A haberlo sabido,
al criminal atrevido
el Rey aquí no hallaría.
REY. Lo sé, lo sé. Nadie, ahora,
dirá lo que aquí ha pasado.
AMES. Libre estad de ese cuidado.
REY. Crimen que tanto desdora,
que de dos nobles es mengua,
cubra el silencio: os lo aviso.
AMES. Para callar, si es preciso,
haré pedazos mi lengua.
REY. A Dios. (Váse.)
AMES. Que os guarde.

## ESCENA XIV.

MAGDALENA, AMESCUA, MARIA.

MAR. ¡Ninguno
á mi ruego ha contestado!
Ahora sé que el desdichado
siempre, siempre es importuno.
Mi esposo... mi esposo... sí...
le ha perdido la ambicion.
Que le tengan compasion
no por él, sino por mí.
Y si Dios no me auxilía...
¡Ah, doctor! ¿Estais gozando (Reparando en él.)
mi desgracia contemplando?

AMES. Os compadezco, María.

MAR. Decidlo, que yo lo digo
al ver lo que pasa aquí;
al cielo mucho ofendí
y el cielo me da el castigo.

MAG. (¡Pobre muger!)

AMES. Confianza
tened en Dios soberano,
porque el poder de su mano
¿sabe alguno adónde alcanza?

MAR. Amescua, Amescua, ¿sois vos
quien, en instante tan triste,
me hace recordar que existe
piadoso y único un Dios?

AMES. Señora, cuando un hermano
ve á otro hermano vacilar,
¿ántes de verle rodar
no ha de tenderle una mano?

MAR. Mas si un hermano es rüin

¿debe el otro serle fiel?
AMES. Señora, el hermano Abel
debe ayudar á Cain. (1)
MAG. ¿Le oís?... Un ángel parece
de otra pátria desterrado,
aunque el mundo no le ha dado
todo el bien que se merece.
MAR. Ya no encuentra mi dolor
amparo ni confianza
sino en la sola esperanza
de que le salveis, doctor.
¡Oh sí, salvadle!... Os lo ruego
como muger desvalida.
De esa deshonra temida
salvadle... y matadme luego.
Oidme, que soy aquella
que, en tiempo no muy lejano,
os amó como á un hermano.
AMES. Silencio, que no sois ella.
MAR. ¿Cómo el corazon, que es fiel,
no os lo dice, cuando, al fin,
siempre al hermano Cain
ayuda el hermano Abel?
AMES. En el corazon más cuerdo,
mientras que late y palpita,
siempre hay algo que se agita
cuando se invoca un recuerdo.
Entónces, el más altivo
llora y se conmueve... sí.
¡Qué no hará un recuerdo en mí,
cuando de recuerdos vivo!
Vivo de ellos, desde el dia,
que nunca lucir debió,
en que el cielo decretó
que yo perdiera à María.

---

(1) Cervantes da á entender en su «Viaje al Parnaso» que Mira de Amescua era hombre *de conciencia limitada y justa y de santa vida.*

Era tan hermosa y pura,
que no basta, aunque os asombre,
toda la vida de un hombre
para decir su hermosura.
Pero... ¡ay de mí...! su linaje
era tan esclarecido,
que no quiso dar oido
al amor del pobre paje.
En cambio, entregó su mano
á un hombre que no adoraba;
pero el título llevaba
de Conde de Montellano.
El paje os quiso olvidar,
quiso recobrar su calma,
y con la muerte en el alma
volvió á su paterno hogar.
A su encuentro no salió
su buen padre...Ya dormía
el sueño eterno, María.
Muriendo á su madre halló.
Murió...Cada vez más fuerte
era del paje el celoso
tormento-..y de vuestro esposo
quiso recibir la muerte.
Mas no lo quiso el destino:
mal herido y desmayado,
quedó el paje abandonado
en el polvo de un camino.
Caridad mal entendida
tuvo un hombre...y me salvó...
¡cuando quitarme debió
con dura mano la vida!

MAR. ¡Oh! No turben los rencores
de vuestra piedad la luz..,
¡Mirad que Cristo en la cruz
perdonó á sus matadores!

MAG. Que oyéndonos Dios está,
que dijo: «él que no destierra

los ódios sobre la tierra
en el cielo no entrará.»

AMES. Bien, bien...Calmad ese anhelo...
Venid...A salvarle voy...
¡Tan libre de ódios estoy,
que puedo entrar en el cielo!

(Se dirije al foro.--María y Magdalena le siguen.--Cae el telon ántes de que desaparezcan.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Despacho del Rey.—Puerta al foro y una á cada lado.—Mueblaje riquísimo de aquella época.—Al levantarse el telon, estará el Rey sentado á una mesa, en la que habrá, en desórden, papeles y cartas. Don Luis abre algunas de éstas.

## ESCENA I.

EL REY, DON LUIS DE HARO.

HARO. Estos pliegos sólo traen
noticias de Portugal.

REY. Al fin con los portugueses
tendrémos que hacer la paz.
Poco á poco va cayendo
el edificio imperial,
que á costa de tanta sangre
pudo Cárlos levantar.
Astuta Francia en mi daño
se ha ligado al catalan,
mientras me oprime Inglaterra.
dueña absoluta del mar.

HARO. Señor, todo lo concilia
una política audaz,
que esos tiempos de fortuna
volver á la España hará.

REY. No temo á los enemigos
que salen á guerrear;
sí á los traidores astutos
que á mi propio lado estan.

HARO. (Yo tiemblo.)
REY. De Santillana
y Montellano, jamás,
jamás hubiera creido
la traidora iniquidad.
¡Dos nobles! ¿Y han declarado?
HARO. No tienen que declarar.
Todo, señor, atestígua
su atentado criminal.
REY. El fallo de la Justicia
terrible se cumplirá.
Secretamente el proceso
hoy mismo se ha de fallar.
HARO. ¿Hoy mismo?
REY. Sí. Nada esperen
de mi clemencia real,
que beneficios á ingratos
cosechas amargas dan. (Levantándose.)
HARO ¿Os vais?
REY. A Villamediana
debo ahora visitar.
Despues del incendio, anoche,
diéronle estocada tal
al retirarse, que ahora
se halla próximo á espirar.
HARO ¿Quien fué el asesino?
REY Nadie
lo sabe. La oscuridad
impidió que le siguiera
ronda alguna... y ya, quizás
no le encuentren.
HARO. (Lo conprendo.
Tú fuiste...)
REY Con mucho afan
me ruega el Conde que vaya
á verle.
HARO. ¡Tanta bondad...!
REY. Es éste el favor postrero

y no se lo he de negar;
toda la córte me espera
y acompañándome irá.
Pronto vuelvo. Aquí, entretanto,
los asuntos depachad. (Váse por el foro.)

## ESCENA II.

D. Luis de Haro.

¡Estrella de mi ambicion,
muy alta vas! ¡Sol te has vuelto!
Soy secretario de Estado,
de España entera soy dueño.
Villamediana atrevido,
por abrazar un momento
à la Reina, y de su amor
conseguir el justo premio,
quiso incendiar el Teatro;
de órden mía así lo hicieron
Montellano y Santillana;
yo, sagaz, al propio tiempo,
al Monarca, en un anónimo,
aviso el crimen, el riesgo
y los autores...Hoy mismo
vá á fallarse su proceso.
Que mueran...Sí, sí...Su muerte
me asegura su silencio.
Que mueran...Mas, distraido
con mis varios pensamientos,
se me ha olvidado leer
éste misterioso pliego (Saca uno.)
que, al entrar en el palacio,
me dió un embozado...Siento
no sé qué duda al abrirlo... (Lo abre.)
Veamos qué dice... ¡Qué leo! (Con espanto.)

«Don Luis, si en libertad (Leyendo.)
»no estamos hoy, estad cierto
»de que hablará nuestro labio
»vuestros crímenes diciendo,
»de que tambien al verdugo
»entregareis vuestro cuello.»
¡De Montellano es la firma!
Dice bien... Si hablan, me pierdo.
¡Oh, qué angustia!... Y es preciso
salvarlos... No hay otro medio
de salvarme... Pues... ¿qué dudo?
«Os salvaré.» Firmo y cierro. (Siéntase y escribe.)

(Toca un timbre y aparece un paje en la puerta del foro.)

A Montellano, en la cárcel
dad esta carta en secreto. (Entrégasela y váse el paje.)
Estrella de mi ambicion,
¿estás ya palideciendo? (Con amargura.)

## ESCENA III.

DICHO, CÁNCER, por el foro.

CAN. Señor don Luis...
HARO. ¡Don Gerónimo!
CAN. ¿Dais audiencia?
HARO. ¿Cómo puedo
negar audiencia al buen Cáncer?
Llegad, que soy todo vuestro.
CAN. Hallé, al hallarme en palacio,
desiertas de palaciegos
las antesalas, y entonces
(estrañando éste suceso,)
la notable inspiracion
tuve de venir á *veros*
para *ver* si me otorgais

de mis cuitas el remedio.
Si algun oficio hay en Indias
vacante, yo, que no tengo
temor á pasar los mares,
podré servirlo.

HARO. Lo creo.

CAN. Mirad que mi vida ha sido
de gustos un cementerio.
Fuí soldado algunos años,
dias más, ó dias ménos,
y tan pobre como estaba
cuando me ajusté, me veo.
¿Qué decís?

HARO. Que la fortuna
no os favoreció.

CAN. No es eso.
Cansado ya de la espada,
tomé la pluma, creyendo
hacer suerte, como tantos
peores que yo la hicieron,
y aun hay algunos que ignoran
que hago comedias en verso.
Verdad que las desdichadas
siempre tres padres tuvieron,
y enjendrado por mí solo
no tengo ningun enjendro.
Esto no es poca fortuna...
¡qué ha de ser! Nó; lo que pienso
es que he nacido al revés,
y los demás al derecho.
En mi casa algunos dias
son los manjares... son... versos,
y así dice mi mujer
que come *platos... compuestos.*
Si hay un oficio vacante
en Indias, yo lo deseo.
Ved que os pido lo que os pido
con el estómago lleno...

de hambre tan sólo.

HARO. En vacando,

el primer oficio es vuestro.

CÁN. Sois el más grande ministro

de España, del Universo...

¡Sereis pasmo, envidia, asombro

de los siglos venideros!

## ESCENA IV.

DCHOS: AMESCUA, MARIA, MAGDALENA, por el foro.

AMES. Dios guarde á don Luis de Haro.

HARO. Que os guarde tambien.

AMES. Y á vos. (A Cáncer.)

CAN. Que á todos nos guarde Dios

podeis decir sin reparo.

HARO. (No sé por qué á su presencia

me acosan dudas extrañas.)

AMES. Del rey de las dos Españas

vengo á implorar una audiencia.

HARO. ¿Con qué objeto?

AMES. Con qué objeto

á vos no os ha de importar,

y á mí me importa callar.

HARO. Habladme con más respeto.

Ved que el gobierno administro.

AMES. Cierto. Olvidado lo habia,

pero una palabra mia

hará caer al Ministro.

HARO. (Silencio.) El Monarca está

fuera de palacio ahora:

cuando torne, sin demora

audiencia os concederá.

Yo, yo haré que al soberano

hableis... Os quiero servir...

AMES. Sabed que vengo á pedir
la vida de Montellano.
HARO. Nó, me quereis engañar:
vuestro pecho ódio le guarda.
AMES. Para pasion tan bastarda
no hay en mi pecho lugar.
MAG. ¡Bien, padre!
MAR. ¡Cuánta nobleza
ostentais!
AMES. Yo...
CAN. Por quien soy
que muy admirado estoy.
Aquí mi expiacion empieza.
Como el Diógenes aquel
de Grecia, buscaba yo
un hombre, y hasta ahora no
he podido dar con él.
HARO. ¿Cómo?
AMES. ¿Qué decís?
CAN. Yo digo...
es fuerza decirlo... sí...
que será honor para mí (Con timidez.)
que me llameis vuestro amigo.
AMES. Sí, Cáncer.
CAN. Si hasta aquí mal
os he comprendido, sé
que en adelante seré
vuestro amigo más leal.
AMES. Gracias.—Mi afan no es en vano: (A don Luis.)
puedo elejir dos caminos:
el rey, ó unos pergaminos,
darán vida á Montellano.
En ellos, una traicion (Muy bajo.)
se cuenta, por vos urdida;
por ella perdió la vida
don Rodrigo Calderon.
HARO. Amescua, podeis perderme, (Idem.)
y hablando no le salvais.

(¡Oh!) Cáncer, venid. (Alto.)
CAN. Estais
pálido.
HARO. (No sé qué hacerme.)
Venid, y á Su Magestad
aguardemos á la puerta
de palacio.
CAN. Bien.
HARO. (¡Qué incierta
es la fortuna!) Esperad (A Amescua.)
al Monarca. (Un leve indicio
me condena...) ¿Callareis?
AMES. Quizás.
HARO. Vamos. (A Cáncer.)
CAN. No olvideis
la vacante del oficio.
Si me la dais, con mil gestos
dirá alegre mi muger:
puedo otros platos comer
que no sean *platos...compuestos.* (Vánse.)

## ESCENA V.

AMESCUA, MARIA, MAGDALENA.

MAR. Yo, yo, que os hice probar,
doctor, amarguras tantas,
el polvo de vuestras plantas
debo sumisa besar.
AMES. A Dios que rogueis espero
que nuevas fuerzas me dé:
aunque es muy grande mi fé,
no quiero dudar, no quiero.
¿De qué sirve porfiar
y luchar con el destino,

si de la dicha el camino
en el mundo no he de hallar?

MAG. Padre mio...

AMES. Tú aun no ves
la senda por que caminas,
pero yo de sus espinas
heridos traigo los piés.
Cuando en la ruda batalla
de la existencia, á lo léjos,
esparce ardientes reflejos
la dicha, y nunca se halla,
queda un horrible vacío
en el corazon más fuerte,
y llanto y tristeza y muerte...
¡lo que ha quedado en el mio!

MAR ¡Ay! Me causa mucho daño
vuestra ciencia.

AMES. Está aprendida
en el libro de la vida,
página del desengaño.
Há tiempo que la aprendí,
y desde entónces, «*estoy
tan fuera de mí, que soy
una sombra del que fuí.*» (1)
¡El Rey! (Sé grande, alma mia.)
Ocultaos, por favor,
que quiero tener valor
y viéndoos me faltaría.

(Se ocultan María y Magdalena por la puerta derecha.)

---

(1) No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.

## ESCENA VI.

AMESCUA; el REY, por el foro.

REY. Amescua...
AMES. Señor...
REY. ¿No calma
de vuestro mal la inquietud?
AMES. Si el cuerpo está sin salud,
ménos salud tiene el alma.
REY. Que el tiempo es remedio fuerte
á todo mal, aseguran.
AMES. Males hay que sólo curan
cuando los cura la muerte.
Si bien el tiempo amortigua,
al fin, la pena mayor,
¡ay! al recuerdo menor
ábrese la herida antigua.
REY. Dios os dará resistencia.
Y ya que hablarme quereis,
todo esperarlo debeis
de mi amistad é indulgencia.
Hablad, pues.
AMES. Un favor nuevo
quisiera yo conseguir,
mas tanto vengo á pedir...
que á pedirlo no me atrevo.
REY. Desechad el temor vano.
Todo os está concedido.
AMES. Entonces...
REY. Seguid.
AMES. Os pido
el perdon de Montellano.
REY. ¡Imposible! ¿Cómo, ahora,

por su vida suplicais,
cuando sé que deseais
verter su sangre traidora?
¿Qué es esto, Amescua?

AMES. Señor,
cuando á salvarle he venido,
es que en mi pecho extinguido
está mi justo rencor.
Si os estraña lo que ahora
aquí en mi pecho sucede,
decid... ¿sabeis lo que puede
una muger, cuando llora?

REY. ¡Pobre amigo!

AMES. Pobre, sí,
pobre en amor y en fortuna,
y aun fué muy pobre la cuna
donde, en mal hora, nací.
Gran Rey, el favor postrero
Amescua os pide. Mirad
que es el último...Salvad
á Montellano...Yo espero
que así lo hagais. Desde hoy
ya ninguno os pediré.
Pronto á Madrid dejaré.

REY. ¿Os vais?

AMES. A Italia me voy.
«*Más vale que ausente muera,*
*donde el morir es morir*
*sin duda, que no es vivir*
*el vivir de esta manera.*» (1)

REY. Bien, Amescua. Vos, al ménos,
altivo, en todo lugar,
la frente podeis alzar
adonde la alzan los buenos.

AMES. Señor...

REY. De Villamediana

(1) Galan, valiente y discreto.

queda sólo el cuerpo inerte.
Le ha ocasionado la muerte
amar á su soberana.

AMES. Silencio...

REY. No hayais cuidado
de que me escuchen, doctor.
El Conde su loco amor,
imprudente, ha publicado.
Para colmo de mis males,
en unas fiestas, un dia,
sacó un mote que decia:
«*son mis amores... reales.*»
Como ingrato y desleal
pagó el Conde mis favores;
reales fueron sus amores,
tambien su muerte es real.

AMES. Señor, si fué cometido
tal desliz, en vuestro duelo,
ya sabeis, para consuelo,
que su autor ha perecido.
Decid... ¿Mi súplica alcanza
de Montellano el perdon?

REY. (¡Generoso corazon!)

AMES. ¿Debo tener esperanza,
ó debo el sepulcro abrirla?

REY. Mi palabra os he empeñado,
y basta que la haya dado
para que deba cumplirla.
De ambos traidores el yerro
perdona el Monarca hoy.
Vida y libertad les doy.

AMES. ¡Oh, señor...!

REY. Y los destierro
de España. Al punto daré
las órdenes... Esperad.
A los dos, en libertad,
á vuestro lado enviaré.

AMES. ¡Bendigo vuestra clemencia!

No merece una corona,
merece mil quien perdona.

REY. Basta. Terminó la audiencia.

(Váse por el foro. Amescua parece sufrir un combate interior. Momentos de silencio.)

## ESCENA VII.

AMESCUA.

Corazon, de tí sé dueño,
el furor en tí no mande;
venciéndote, serás grande,
si no te vences, pequeño.
No es mentira, no es un sueño
que en este instante fatal
he puesto el colmo á mi mal...
¡Oh! Ninguno lo creería...
¡Yo, que muero por María,
doy la vida á mi rival!

Víctima de mis amores
será fuerza que sucumba,
y nadie habrá que á mi tumba
lleve una ofrenda de flores:
se ignorarán mis dolores,
y allá en la noche sombría
ni lágrimas de María,
ni voz, ni suspiro amante
á mi triste sombra errante
irán á hacer compañía.

Y ¿qué importa?...Aunque hoy abrasan
el corazon mis memorias,
pasarán...como las glorias
del mundo y los hombres pasan.

Cierto que, al pasar, arrasan
cuanto en el pecho descuella...
Pero no quiere mi estrella
ser más favorable, nó....
¡Muera, pues, mil veces yo
en siendo dichosa ella!

Ella...¡horrible pensamiento
que hace mis penas mayores..!
dirá á otro mortal amores,
ignorando mi tormento:
y él escuchará su acento,
y él gozará de su amor,
y yo mientras...¡qué furor
imaginarlo me inspira!
¡Señor, alejad la ira,
dadme más fuerzas, Señor!

## ESCENA VII.

DICHO: MARIA.—Magdalena queda medio oculta junto á la puerta de la derecha, pero dejándose ver del público.—Llévese esta escena con toda la rapidez posible.

MAR. ¡Amescua!
AMES. ¿Vos, María?
MAR. ¿Y estais llorando?
AMES. Por última vez lloro
mis desengaños.
MAR. ¡Ay! ¡Mi destino
maldito sea mil veces!
AMES. ¡Tambien el mio!
MAR. Corazon generoso,
corazon noble,
os estuve escuchando...
Sois más que hombre.
¡Suerte enemiga,
maldita seas mil veces!

AMES. ¡Tambien la mia!
MAR. Yo sé, yo sé que tengo
toda la culpa,
y no puedo quejarme
de mi fortuna.
AMES. ¿Llorais?
MAR ¿Acaso
con vos hablar pudiera
si no llorando?
AMES. ¡Callad!
MAR. ¡Dejadme ahora!
AMES. ¡Por Dios, amiga!
En mi alma he sentido...
MAR. Lo que en la mia.
Y ya la suerte
por siempre nos separa.
AMES, ¡Ay, para siempre!
MAR. Sabed en este instante...
¡Sabedlo todo!
AMES. ¿Qué he de saber, señora?
MAR. ¡Que yo os adoro!
AMES. ¡Sin esperanza!
MAR. ¡Ay del alma que quiere!
AMES. ¡Ay de mi alma! (Páusa larga.)
¿Por qué me lo habeis dicho?
¿No veis que muero?
MAR. Ocultarlo quisiera,
pero no puedo.
Mi amor es grande...
AMES. ¡Tarde lo conocísteis! (Con desesperacion.)
MAR. ¡Tarde, muy tarde! (Id.)
AMES. Nunca me borres, nunca,
de tu memoria.
MAR. ¿Cómo, si es tu cariño
mi dicha toda?
MAG. (¡Óyeme, madre,
sosténme en esta lucha,

baja y ampárame!)

MAR. Si no hubiera pasado,
por mi desdicha,
aquel tiempo dichoso...

AMES. ¡Callad, María!

MAG. (Tambien le amo...)
¡Callad, que esas palabras
me están matando!
(Sin poder contenerse y lanzándose entre los dos.)

## ESCENA IX.

DICHOS: MAGDALENA.

AMES. Magdalena, Magdalena,
¿qué tienes...? Di, que tu acento
descubre un gran sentimiento,
descubre no sé qué pena.

MAG. Amescua...

AMES. ¿Qué es lo que oí?
Nombre que nunca me has dado...
¿Padre siempre me has llamado,
y hoy no me llamas así? (Magdalena calla.)

MAR. (¡Pobre niña!)

AMES. Tambien ella,
aunque callaba, sufría.
¿La estrella terrible mía
habrá hecho mal á su estrella?

MAG. ¿Por qué, antes de hacerme esclava
de tan ardiente pasion,
no me arranqué el corazon
donde la pasion estaba?

AMES. ¿Amas á un hombre, y ese hombre
quizás no es digno de tí,
Magdalena?

MAG. Padre... sí...
AMES. Dime su nombre.
MAG. Su nombre...
AMES. Dilo... dilo.
MAG. ¡Nó, por Dios!
AMES. ¿Quién es él?... Que hables espero.
MAG. Amescua...
AMES. Saberlo quiero.
Dí
MAR. Yo lo diré...Sois vos.
AMES. ¡Yo!
MAG. Sí. (Escapándosele á pesar suyo.)
AMES. Cállate, insensata...
No te goces en mi daño...
¡Mentira...! ¡Dí que es engaño,
porque el saberlo me mata!
MAG ¡Ay, Amescua! Compasion
tened de mi mal profundo...
¿Hay mal tan grande en el mundo
como tener corazon?
Nada debeis estrañar,
Amescua, ni vos, María,
que si un corazon tenía
me fué dado para amar.
Y si un inposible amé,
que en la desgracia me abisma,
¡oh! no temais, que yo misma,
yo misma lo romperé.
AMES. ¡Yo, miserable de mí, (Reconcentrado.)
busqué la dicha angustiado!
¡La dicha estaba á mi lado,
á mi lado...y no la ví!
Alza la frente serena,
triste víctima de amor,
que hay pena mucho mayor,
pobre niña, que tu pena.
Nada teneis que decir;
bien todo lo considero...

¡Cuando esto sufro, y no muero,
ya no me puedo morir!

(Sucede un momento de silencio.--Amescua está colocado á la derecha, María á la izquierda, Magdalena en medio.)

MAG. (Dirigiendo la vista al cielo.)
Señor, no oirás que murmure,
ni un dia, de mi dolor,
si es tu voluntad, Señor,
que entero el cáliz apure.
Borra de mi pensamiento
todo camino inseguro,
que ya, para siempre, juro
encerrarme en un convento.
Los ecos de esta pasion
á mis labios no saldran;
tan sólo pronunciarán
cánticos de religion:
que aunque ves hoy que aflijida
con mis sentimientos lucho,
es... ¡ay!... porque cuesta mucho
dejar, tan jóven, la vida! (Páusa breve.)
Cuando muera... cuando ya (A Amescua.)
se haya borrado mi nombre,
decid, Amescua... ¿algun hombre
en mi tumba llorará?

AMES. Si hay una lágrima en mí
para espresar mi amargura,
hija, tu padre te jura
que esa será para tí.

MAG. Padre, mi valor desmaya
en tan penoso momento;
pero dejad que al convento
desde ahora mismo me vaya.
Dadme, dadme, por piedad,
vuestra bendicion postrera.

AMES. ¡Adios, hija!... ¡El cielo quiera
darte la felicidad!
¡Adios, hija!... Ya te pierdo,

como todo lo perdí...
¡Yo te pido para mí
una oracion y un recuerdo!
El mundo, de polo á polo,
cruzaré, en mi mal profundo.
Sí... ¡cruzaré todo el mundo,
siempre solo, siempre solo!
Con la tristeza más honda
y el corazon dolorido,
sin encontrar un latido
que á su latido responda.
*¡Bien me puedo comparar*
*al que, ya cuando se muere,*
*viene á alcanzar lo que quiere*
*y no lo puede gozar*! (1)

MAR. ¿Os vais...?

AMES. Sì... sí... Volveré
á España, si esta pasion
se amortigua... En religion,
ya amortiguada, entraré.

MAR. ¡Ay! Mis ojos llorarán
con sangre vuestra memoria...

MAG. ¡Los mios vieron la gloria....
y á verla no volverán!

AMES. ¡Tenga fin esta agonía!
¡Adios... (¡oh, terrible pena!)
para siempre, Magdalena...
y... (¡ay!)... para siempre, María!

(Se dirije al foro, donde aparecen Montellano y Santillana: estos le abrazan.—Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA

---

(1) Lo que puede el oir misa.

# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID.

Librerias de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.